

Las raíces torcidas de un libro

José María ÁLVAREZ ROMERO

*Las raíces torcidas de América Latina*¹. Lo he leído de un tirón. Lo he vuelto a leer. He subrayado unos párrafos y anotado otros. Me han chocado algunos planteamientos y me he obligado a replantear varios que daba por válidos. Un cuerpo a cuerpo; a veces dejándome llevar por el impulso de los argumentos o por el ritmo de una prosa, que al deslizarse ágil juega, a veces, en desmedro de la precisión. En ocasiones me han dolido sus afirmaciones al hurgar en heridas abiertas de América. Páginas y capítulos iluminan zonas oscuras o desatan nudos de conflictos. ¿Cabe mayor elogio que el reconocimiento de este impacto?

El autor, Carlos Alberto Montaner. Profesor universitario. Escritor con quince títulos publicados. Articulista regular en decenas de periódicos de habla española e inglesa. Observador penetrante del ser y del quehacer hispanoamericano. Defensor de la libertad de su patria, Cuba, residente en España. Presidente de la Unión Liberal Cubana, cuyo ideario permea con coherencia su actividad pública, la esencia de sus escritos y las tesis del libro que comentamos.

Libro de gran ambición, de síntesis brillantes y juicios audaces, que ha alcanzado ecos sonoros en amplios círculos y del cual, sin embargo, disiento en aspectos sustanciales y en puntos concretos. Proyecta el haz de sus consideraciones —creo que es su principal limitación— a la luz de esquemas interpretativos, seriamente cuestionados y aún superados, a los que atribuye plena validez. Lustra también la línea argumental, la utilización de vocablos y la aplicación de valoraciones actuales a acontecimientos de otras épocas. Reparo, pues, en cuanto al método. Disentimiento en el tratamiento de lo español como tal y en el de sus relaciones con Iberoamérica.

En cuanto al método. Explica el presente recurriendo al pasado. Numerosos han sido los intentos de explicar las dolencias de Iberoamérica. Sus protagonis-

¹ MONTANER, Carlos Alberto, *Las raíces torcidas de América Latina*. Plaza Janes, Barcelona, 2001. 216 p.

tas han buceado y echado con frecuencia, las culpas fuera de sí, colocándolas en tiempos lejanos o en espacios distantes. En unos casos las sitúan en la época de la conquista y de la colonia española, y en otros las atribuyen a la explotación de las potencias extranjeras, explicación esta última que da base a la formulación de la teoría de la «dependencia».

A esa línea de interpretación, en la primera de sus acepciones se adscribe la obra que comentamos. Están «torcidas» las raíces hispanas de América porque sufren las consecuencias de una malformación originaria. Tal interpretación, entendemos, no es correcta. Le faltan elementos suficientes de prueba que garanticen su veracidad y colateralmente tiene connotaciones nocivas, al alimentar en estos pueblos, viciados de nacimiento, un sentimiento de inferioridad frente a otros sanamente engendrados históricamente. Creemos que los males o carencias de hoy no pueden retrotraerse y endosarse a lo acontecido desde hace quinientos años. El investigador inglés John Lynch se plantea el tema y llega a una conclusión que hacemos nuestra. *Los azotes modernos de Latinoamérica, son culpas de los gobiernos y de sus enemigos; las consecuencias de decisiones humanas y los historiadores encontrarán sus orígenes, no en el pasado distante sino en el reciente. Si hay una categoría conceptual relevante para la historia latinoamericana es la del «agente humano determinado».*

Una segunda observación de fondo tiene que ver con el tratamiento de lo español. Sigue la teoría, válida hasta hace muy poco, del fracaso de España en su quehacer histórico; de su radical decadencia. Una excepción, al margen de la Europa moderna. Esta concepción negativa empapa las tesis del libro. Para el autor, desde temprano, tuvimos los españoles mala suerte: «Los visigodos que irrumpieron en la Península en el siglo v... practicaban los duelos a muerte por las ofensas contra el honor, salvaje costumbre que arraigará en el alma española. Y mil años más tarde dejará su huella en el teatro del Siglo de Oro». El duelo, costumbre extendida y practicada en la mayoría de los países europeos hasta entrado el siglo xx, es considerado como algo específicamente español. El episodio capital que pone fin a los ocho siglos de reconquista peninsular lo explica, de pasada, por los intereses materiales inmediatos de la Corona: «El asalto final contra Granada —escribe— se decidió cuando el rey moro se negó a seguir abonando el tributo impuesto por los Reyes Católicos»; no matiza la afirmación, que queda así desnuda de otras esenciales connotaciones.

Describe la España del siglo xvi: «como un gran poder, pero excéntrico, atrasado y sólo temible en el campo militar». Y «ese carácter marginal se trasvasa de una

manera inevitable a la América española», sin aludir a otros trasvases, no ciertamente marginales. Subraya que en España no hubo Renacimiento, ni «tampoco hubo realmente revolución científica. Ni existió realmente Ilustración pese a Feijóo, Jovellanos y otros, valga la paradoja, notables ilustrados». No toma en cuenta juicios distintos, como el de su compatriota Lezama Lima: «A cuantos afirman la carencia en España de las manifestaciones renacentistas, bastaría para refutarlos la contemplación del Renacimiento español hecho en América, una cultura como la española no podía manifestarse por juegos cortesanos o humanismos viajeros, tenían que ser hechos históricos de gran relevancia como el Descubrimiento y la Reforma los que afirmaron y expresaron su voluntad creadora». Los protagonistas del Siglo de Oro, Velázquez, Lope de Vega, Calderón, Quevedo, para el autor son «excelentes escritores y artistas, pero viven en una cultura castradora que sólo mira al pasado y teme y sospecha del futuro». Culpa, con gruesos trazos, a la especial idiosincrasia española, el comercio de esclavos que las potencias coloniales llevaron a cabo durante siglos. Escribe: «Con la conquista y la colonización dirigida por una sociedad como la española convencida de la indignidad del trabajo manual, resultaba obvio que el continente negro iba a convertirse en un trágico suministrador de carne humana, destinada a la explotación masiva más cruel y prolongada que registra la historia».

En otro lugar: «Iberoamérica, incluidos Portugal y España es el segmento cultural que menos ha contribuido al desarrollo intelectual de Occidente en los últimos siglos». Se ocupa, con extensión, de la expulsión de los judíos: «Isabel la Católica y su marido Fernando de Aragón, al parecer con el apoyo entusiasta de la sociedad española... cometieron el atropello de expulsar de España a cientos de miles de sus mejores súbditos. *Mutilación sólo comparable* (el subrayado es nuestro) aunque a otra escala mucho menos cruel y sin el componente genocida, a lo que ocurriría en el siglo XX, cuando los alemanes de Hitler destruyeron la judería azquenazi». Parece desconocer que similar o mayor mutilación la practicaron, en la época, los demás países europeos. A este respecto el hispanista francés Joseph Pérez juzga: «Sería inadecuado e inexacto hablar de racismo o de antisemitismo en España en el sentido que tienen estas palabras en la actualidad. Los Reyes, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón no se pueden comparar con Hitler. Es preciso cuidar el vocabulario. *No tiene ningún sentido asimilar como sugieren algunos el racismo español con el nazismo. Proceder de esta manera es desvirtuar los hechos y sacar las cosas de quicio. Es cometer el pecado de anacronismo, imperdonable en un historiador*».

Las anteriores afirmaciones, espigadas de Montaner, no están sacadas de contexto, son la médula del contexto conceptual del libro. Podrían multiplicarse.

La argumentación es lineal y los juicios absolutos. Pero el yerro fundamental, a nuestro juicio, procede de no tomar en cuenta el reciente giro renovador de la historiografía española: «de la apertura paso a paso, de la idea de que España no fue nunca una excepción en el continente europeo sino más bien una avanzada en civilidad y en las proyecciones ultramarinas». «El examen del pasado español —precisa Gonzalo Ánes— hecho en los años de transición del siglo XX al XXI, da resultados bien distintos, por lo positivo, de los que eran usuales desde los últimos decenios del XIX». Esta corriente ha realizado la tarea de «normalizar la historia moderna de nuestro país». Ricardo García Carcel al abordar la obra del hispanista inglés Geoffrey Parker explicita el proceso: «La historia española ha estado casi siempre presa de una visión un tanto masoquista, que ha enfocado sus análisis en función del paradigma del fracaso o de la decadencia permanente y hace tiempo que los hispanistas —anglosajones y franceses principalmente— vienen normalizando las fluctuantes peripecias históricas y dinamitando la idea del fracaso como una presunta ley de nuestro pasado histórico». John H. Elliott señala que «no es sostenible el enfoque de los que veían en la decadencia de España un ejemplo clásico de las fatales consecuencias de la ignorancia, de la pereza y del clericalismo. Actualmente se conoce mucho más a fondo, que hace 20 ó 30 años, las circunstancias sociales y económicas de la Europa occidental del siglo XVII. Los empobrecidos “hidalgos” de España no parecen ser tan distintos de los descontentos “hobereaux” en Francia o de la “gentry” en Inglaterra. Ni tampoco parece ser el desprecio por el trabajo una actitud exclusiva de la Península, era más bien un problema común a las sociedades de aquel tiempo. Los historiadores del siglo XIX y principios del XX, buscando siempre las causas del fracaso, han producido una deformación de la historia de España que está siendo superada». Nos importa hacer estas precisiones, pues condicionan gran parte de los juicios y conclusiones de «Raíces».

Fuera de la obra que comentamos, advertimos el mismo talante. Montaner en su excelente libro *Viaje al corazón de Cuba* relata la adolescencia de Fidel y atribuye, como otros comentaristas, su juvenil antiamericanismo al influjo proalemán de los «jesuitas españoles profranquistas», sus profesores en el Colegio de Belén, en los años de la segunda guerra mundial. Pues bien, ningún alumno de los «jesuitas españoles profranquistas» en aquellos años, de ambos lados del mar, suscribiría tal aserto. La España franquista de los años cuarenta era evidentemente proalemana, pero existían núcleos duramente opositores a esta tendencia y entre ellos figuraban los «jesuitas españoles profranquistas», forjados en la anti-gua y severa escuela de obediencia de la Compañía de Jesús, regida entonces por un polaco de apellido ilustre, el General Ledochowsky —visceralmente

refractario al germanismo por educación, por nacionalidad y religión— y fieles seguidores de las normas del Vaticano, opuestas al totalitarismo nazi.

En el libro antes señalado, sitúa otra fuente del temprano antiyanquismo de Fidel en «la herencia recibida, cuando era niño de su padre». Le retrata. Un inmigrante gallego, «incansable trabajador, pero español de 1898, no debía haber tenido muy buena opinión de Estados Unidos». Y establece una disociación «en el corazón de Castro niño», entre el ambiente cubano de su escuela proamericana y el de su casa «en que el padre le contaba que los norteamericanos les habían atropellado a cañonazos, salvaje e ilegítimamente». Sin entrar en las opiniones del gallego padre de Fidel, el hecho cierto es que en los ambientes más puramente cubanos de la época, años 30 y 40 —circunstancia que omite— se respiraba un profundo antiamericanismo: el llamado «plattismo»; reacción contra la enmienda del senador norteamericano Platt, incorporada a la fuerza en la Constitución cubana, que establecía el derecho de intervención del ejército y la armada norteamericana en la isla del Caribe.

No nos resistimos a reseñar, en esta misma onda, el artículo «Bin Laden y la oreja de Jenkins» firmado por Montaner —diario *ABC*, 20-10-2001— con motivo del atentado contra las torres gemelas de Nueva York, donde denuncia la grave responsabilidad de los Estados en dar cobijo a los terroristas. Para ilustrar a los lectores de *ABC*, narra el caso de un guardacostas español que, en 1731, apresó en aguas internacionales a un mercante inglés y a su capitán Robert Jenkins le cortaron una oreja para humillarle; las autoridades españolas se negaron a castigar a los culpables por lo cual Inglaterra declaró la guerra a España. Llama la atención la elección de España como país protector de delincuentes marinos, cuando en la misma época, estimulados, premiados e incluso armados caballeros por la Corona británica, los corsarios y piratas de este país campaban en acciones depredatorias sobre barcos y ciudades españolas, que aplicando la terminología de Montaner hoy denominaríamos terroristas.

Una tercera observación de fondo se refiere a las relaciones causales España-América. El libro explora las causas del actual subdesarrollo de América Latina y las encuentra en las «raíces torcidas» que se hincan en el pasado colonial español. Leopoldo Zea ha señalado que «así como el europeo se entregó a la historia para encontrar en ella las raíces de su futuro destino, el hispanoamericano se entregó a igual tarea para mostrar las raíces que impedían la realización de su destino propio». Salvador Bermúdez de Castro lo explica: «A raíz de la independencia los símbolos y sentimientos nacionales se conforman sobre dos pilares, el

canto a la libertad y la abominación de España. España fue convertida en el chivo expiatorio. Se le culpó en exclusiva de todos los males históricos, de todos los excesos, del largo sojuzgamiento, del oscurantismo y de un largísimo etcétera. Incoherencia que aún sigue inspirando la versión de la historia y que pasó a los libros de texto en la primaria y secundaria». Esta versión ya clásica ha sido, en gran parte, rectificada, matizada y en muchos casos desmentida por los americanistas, especialmente en la segunda mitad del siglo XX, con nuevos planteamientos; Montaner los pasa por alto, lo que nos ha aconsejado presentar, en puntos que creemos fundamentales, las dos versiones.

El autor subraya el alto nivel de las culturas aborígenes. «Gentes que contaban con instituciones de derecho —leyes y jueces— y con una sutil cosmovisión que como el cristianismo a los europeos les aliviaba de sus inquietudes metafísicas». Se ocupa luego «de la devastadora injusticia y crueldad que sintieron los mal llamados indios ante la llegada de los conquistadores» y enumera sus reacciones: «El odio de la gran masa indígena tuvo que ser infinito. Muchos trataron de escapar hacia lugares que no estuvieran los españoles; fueron legiones los que resistieron en el terreno militar mientras pudieron y una considerable cantidad —taínos, mayas— se quitaron la vida ahorcándose o envenenándose con tierra». Caracteriza a los conquistadores «una inmensa osadía y una total falta de escrúpulos frente a unos indígenas que les parecían más bestias que personas». Nada dice sobre sus otras condiciones o cualidades, ni sobre los cultos crueles o los hábitos primitivos de los aborígenes; ni sobre el sojuzgamiento que padecían de los dominadores aztecas o incas, ni de la alianza de aquéllos con los conquistadores. El peruano Mario Vargas Llosa, con motivo del 92, puntualiza. «Quienes se indignan, tan justamente, por los crímenes y crueldades de los conquistadores españoles, contra los incas, jamás se han indignado por los crímenes y crueldades que cometieron los conquistadores incas, ni han derramado una lágrima por los miles, cientos de miles, acaso millones (los profesores universitarios no se han puesto a calcularlos, a diferencia de lo que ha sucedido con las víctimas de los europeos contabilizados al detalle) indios e indios sacrificados a sus dioses en bárbaras ceremonias, por incas, mayas, aztecas, chibchas o toltecas». Pues si la conquista española fue posible se debió a las luchas intestinas y a tenor de los sojuzgamientos de otros pueblos, perpetrados por los «imperialistas» totalitarios de esas «evolucionadísimas civilizaciones». El mejicano Juan Miralles en reciente estudio sobre Cortés asevera: «En la historiografía oficial, el conquistador no habita en el limbo, sino en el infierno. Todos los males que aquejaban a México comenzaban por él, pero han transcurrido 480 años de la conquista y ese discurso está desgastado» e insiste en el papel determinante de los indígenas alia-

dos de Cortés. «No sólo los indios de Tlaxcala y de Texcoco, prácticamente todos los subordinados al imperio azteca y explotados por él, se rebelaron aprovechando la presencia española. La paz absoluta vivida en la Nueva España se debió a la actitud de los diversos pueblos indígenas que se adaptaron rápidamente al derrumbe de su cultura y al surgimiento de una nueva realidad». Califica como «cultura de la muerte» la sociedad mexicana bajo la teocracia de Moctezuma e indica que «los mexicas aztecas gustaban del canibalismo como práctica gastronómica y no sólo como costumbre ritual». El historiador francés Bartolomé Bennassar en su biografía, la última aparecida sobre Cortés, desvela un aspecto hasta ahora en sombra, puesto de relieve en sus investigaciones: Cortés, excepcional militar y político «era también un gran empresario y hombre de negocios: productor agrícola, impulsor de la industria ganadera, pionero en la explotación racional de las minas...». Coincide con Vargas Llosa y Miralles en la importancia de las alianzas indígenas con los conquistadores, y señala que este factor fue más decisivo para su éxito que la superioridad técnica en las armas.

Del famoso «Requerimiento», que los españoles hacían a los indígenas antes de iniciar las conquistas, Montaner hace una interpretación literal, literalmente lo transcribe y lo considera «una coartada jurídico-teológica» fabricada para someter a los indios. El profesor alemán Horst Pietschman lo sitúa en el contexto de la época y explica «que esa era la forma normal y ritual de declaración de guerra en las postrimerías de la Edad Media y durante la temprana Edad Moderna. No se esperaba que la fuerza de las declaraciones influyeran sobre la conducta del adversario; los argumentos eran accesorios y lo importante era declarar formalmente la guerra, lo que aseguraba a los adversarios ciertos derechos en caso de cautiverio. No es de extrañar que las formalidades usuales en la Europa cristiana, fueran adaptadas, en América, a las circunstancias de la época».

El autor, dejándose en caída libre por el tobogán de los siglos, atribuye la raíz de las actuales masacres de guerrilleros y paramilitares en aquellos países a la violencia de los conquistadores españoles del siglo XVI. Hemos leído bien. «*Lo terrible —escribe— es que este desprecio de los conquistadores hacia los conquistados acabó por instalarse en la conciencia de la población india y mestiza... se mantuvo y agravó tras el establecimiento de las repúblicas. Eso es lo que explica las frecuentes matanzas de los indios a manos de guerrilleros, paramilitares o soldados en países como Perú, Guatemala, Brasil, o México.*»

La polémica Las Casas-Sepúlveda sobre los derechos de los indios y las controversias promovidas por la Corona para juzgar acerca de la rectitud moral o no

de las conquistas, reciben en «Raíces» una valoración negativa: «El desarrollo mismo de esta polémica contribuiría a deslegitimar un Estado y un principio que a los ojos de muchos americanos, criollos, mestizos y por supuesto indios eran contradictorios y censurables». Distinta es la visión del polígrafo cubano Chacón y Calvo para quien «La extensa y amplia crítica permitida por la Corona, constituye una de las glorias de la civilización española», o la del norteamericano Lewis Hancke: «Las famosas controversias fueron un intento valeroso, deliberado e imaginativo de la Corona y del pueblo español, para llevar con equidad la carga que pesaba sobre España por su dominio en América». Y Vargas Llosa: «Me enorgullece como hispanoamericano que esa cultura fuera la primera en criticarse a sí misma hasta la médula y en hacer de la crítica un derecho incalculable; la primera en toda la historia humana en rechazar el imperialismo y el colonialismo; en defender los derechos humanos».

El autor presenta la hipótesis de una permanente tensión y oposición entre la Iglesia y el Estado español, desde el siglo XVI. «De ahí la paradoja de unos indios que reverencian a la Iglesia al tiempo que repudian al Estado que los sojuzga». Aclaremos. En primer lugar, cuando el autor habla de «Estado», noción y término moderno, se refiere a la Corona de España, concepto e institución acuñado por la historia. En segundo lugar distinguimos, hubo tensiones, naturalmente, entre las dos instituciones, pero la nota esencial fue la corresponsabilidad en torno a unos fines mutuamente compartidos. La doctrina de la Iglesia nutrió la legislación emanada de la Corona y ésta, por su parte, se volcó en apoyo de la evangelización. Por ello no refleja la realidad la tibia atribución «a la actitud comprensiva de cierto clero lascasiano el lograr que la Iglesia y el cristianismo forme parte de la identidad hispanoamericana». Tal definitivo logro, quizás el mayor de España en su historia, no se debió sólo «a la actitud comprensiva de cierto clero lascasiano», sino a la obra de la Iglesia española en su conjunto, y en estrecha colaboración e incluso simbiosis con la Corona.

No es sostenible la tesis de «que los indios, llegado el momento le hicieran la guerra a España, pero no al cristianismo». Llegado el momento, la independencia, quienes hicieron la guerra a España fueron los criollos, es decir, la minoría blanca; los indios permanecieron pasivos, en algunos casos les secundaron y en otros se alistaron en el bando realista español. El historiador chileno Jaime Eyzaguirre, como otros historiadores, ha demostrado que las guerras de la independencia fueron guerras civiles con componentes étnicos en los dos bandos. «Mientras los patriotas chilenos exaltaban a los héroes araucanos, sus verdaderos descendientes, que habitaban al sur de Bio Bio, se mantuvieron adictos al Rey y apo-

yaron con fiereza las montoneras realistas. La independencia en Chile fue una guerra civil entre miembros de la familia española y sería ridículo presentarla como una pugna entre conquistadores y conquistados». No está de más recordar la conclusión aprobada por el «Tercer Congreso Hispanoamericano de Historia» reunido, Cartagena de Indias, 1961, con motivo del Sesquicentenario de la Independencia, de: «Rehabilitar para la historia de los diversos países los nombres de quienes militaron en las filas de la monarquía española durante la guerra de la independencia, las cuales constituyen verdaderas contiendas civiles dentro de la comunidad de pueblos hispánicos».

El autor se ocupa con detenimiento en los antecedentes y valor de los llamados «Justos títulos de la Iglesia». Recorre quince siglos de historia eclesiástica desde la Epístola Clementis, supuestamente transmitida por Pedro a su sucesor «una falsificación que data del siglo V urdida por el Papa León I», la donación de Constantino «otro documento falso, éste del siglo VIII» hasta las bulas de Alejandro VI, entonces cabeza de la Iglesia, y el Tratado de Tordesillas. Llega a la conclusión de que «esos discutibles títulos justos en que los españoles encontraban la legitimidad de sus actos, nunca lograron persuadir del todo a los latinoamericanos». Dejando de lado la dificultad de precisar el alcance y significado del término «latinoamericano» referido a los naturales de América en la época de la colonia, el autor hace una afirmación rotunda: «La deslegitimación del Estado colonial era a tres bandas: los españoles, los indios y los mestizos». ¿Por qué también los españoles? Responde: «Porque existía una fundamental diferencia de fondo entre los intereses de los conquistadores y la Corona». Hay aquí una equívoca transposición. Los conquistadores y colonizadores defendieron sus intereses, en numerosas ocasiones contrarios a los de la Corona, pero ese conflicto de intereses se movía en un plano exterior y distinto al del acatamiento de la autoridad real. No afectaba a la deslegitimación de la Corona de la que por encima de todo se sintieron fieles vasallos. Es pilar clave en la arquitectura argumental de «Raíces», el supuesto cuestionamiento por parte de los americanos, en la colonia, de la legitimidad de la Corona, que denomina Estado, sentimiento que transmiten a los países independientes y que en su opinión actúa hasta hoy como uno de los factores de inestabilidad política. Está a la vista la insatisfacción actual de los latinoamericanos con sus Estados, pero buscar el origen en los sentimientos de los criollos, durante la colonia, nos parece excesivo.

Escribe Montaner: «Muy pronto los criollos y los descendientes de españoles hicieron suyo el sentimiento de los indios aplastados. Se sintieron inicua y explotados y expoliados por la metrópoli». El tema de las relaciones

de los criollos con la Corona ha sido objeto de numerosos análisis. Destaca el más reciente del profesor francés La Valle Bernard: *«Llegamos a un punto delicado. Los criollos se afirmaban americanos con orgullo y a veces con provocación, pero al mismo tiempo cuidadosos de refutar a quienes ponían en duda su hispanismo o a quienes pretendían que éste se había debilitado bajo el efecto conjugado del clima tropical, del mestizaje o de la molicie de la vida colonial. Insistían con orgullo sobre su condición plena y entera de españoles. Una cohabitación, a veces difícil, pero firme en su discurso, entre el sentimiento de la americanidad y el orgullo español. A pesar de las actitudes, a veces discriminatorias de la metrópoli, “el protonacionalismo” criollo se sentía plenamente en el solo contexto de la hispanidad»*. Los hechos históricos avalan esta tesis. En el ataque de los ingleses a Buenos Aires, en 1806, es decir, en la víspera de la independencia, fueron sus habitantes, en primera línea criollos, quienes les hicieron frente, les derrotaron e hicieron prisionero a su general Sir William Carr Beresford. Lo mismo muestran los ejemplos cubanos. Cuando en 1740 el almirante inglés Vernón se presentó frente a La Habana, «hasta los estudiantes criollos de la Real y Pontificia Universidad de la Habana formaron batallones de milicias para rechazarle». Y en el posterior ataque inglés y ocupación de La Habana, 1762, por Sir George Pock, destacaron en la defensa de la Cabaña las bisoñas milicias criollas, que se dejaron diezmar sin dar un paso atrás.

Otro enfoque doble de «Raíces», repetido y no ajustado a la realidad, es por un lado la consideración de que la *nación española* «una cabeza tan distante y diferente» *no logró identificarse nunca con América* y, por otro, concebir *al Estado que gestó* «no hecho a la medida de las necesidades de los ciudadanos, ni siquiera de los ciudadanos españoles», sino un *«instrumento de control de la Corona»*. Disentimos. España evidentemente estaba distante geográficamente y era diferente en extensión, gestación y evolución, pero *su trasvase a América fue total*. Como ha escrito Bermúdez de Castro: «No se había presenciado algo semejante desde la gran expansión del Imperio Romano por la cuenca del Mar Mediterráneo y no se ha vuelto a dar un fenómeno similar tan completo desde entonces. Los españoles —es el caso de insistir— transfirieron a América sus formas de vida y sus ordenamientos legales, sus creencias y valores, sus virtudes y defectos, así como la ambición de que se nutrían, sus afanes y sueños». El escritor y diplomático argentino Abel Posse al referirse a la expansión hegemónica norteamericana lo expresa: «Iberoamérica es un continente que por sus orígenes, cultura y tradición está consustanciado con la cultura española, ibérica y europea». En cuanto a la Corona, resulta distorsionante y simplificadora atribuirle el mero papel de «instrumento de control». Fue y no es necesario insistir mucho en

ello, vehículo principal y coautora primordial del trasvase y de la aventura oceánica americana. Su despliegue institucional y de todo orden fue impresionante en calidad y numéricamente. Recordamos sólo algunos datos. Entre la Corona y los súbditos americanos hubo más de veinte instituciones principales, los funcionarios se contaban por millares, las Leyes de Yndias estaban compuestas por 400.000 cédulas, reducidas a 6.400 leyes; y el derecho indiano —aunque existió la tendencia a asimilar la ley con la realidad— de inusual rigor científico, fue la disciplina que estableció por vez primera el estudio profesional de la historia iberoamericana. Todo ello impulsado y puesto en práctica, no con una mentalidad de vigilancia controladora sino con el mejor ánimo de promoción activa, de protección de los súbditos, en especial de los más desprotegidos, y del buen gobierno de las tierras que formaban parte de sus dominios.

Montaner finaliza el epígrafe con una pregunta y una comparación ¿«Fue más o menos compasiva la colonización angloholandesa de América comparada con la española?». Contesta: «En realidad fueron más o menos semejantes». Aquí —afirmamos nosotros— ambas colonizaciones no fueron más, sino menos semejantes. La Corona española en las personas que la encarnaron, desde Isabel la Católica; en su legislación, en sus representantes e instituciones fueron decididos defensores de los indígenas; así lo sintieron y procuraron hacerlo cumplir, después de habérselo planteado en conciencia y en las más altas instancias. Nunca la Corona inglesa, desde los tiempos de la Reina Isabel, en el siglo XVI, a la Reina Victoria, en el XIX, se planteó la justicia o injusticia de sus conquistas, ni el modo de llevarlas a cabo, ni por supuesto la legitimidad de los dominios extendidos por los cinco Continentes. «Los conquistadores españoles fueron los primeros en ver a los indios de América como seres humanos y no como animales —escribe Hugh Thomas—. No niego la crueldad que emplearon los descubridores españoles pero se debe reconocer que España es el único imperio que se planteó si tenía derecho a estar en Indias. Los conquistadores españoles dejaron más supervivientes que los ingleses y esto quizá haya contribuido a juzgarles más severamente. En América del Norte los indios están desaparecidos». Sobre este punto, el historiador A. J. Toynbee subraya «la inmensa barbarie de los procedimientos ingleses puestos en práctica en Virginia sobre los indios y sus propios compatriotas; hábitos de horror adquirido por los ingleses, con anterioridad, en sus agresiones contra los restos de la “franja céltica” en los highlands de Escocia y en los pantanos de Irlanda». De nuevo Hancke: «otras naciones establecieron imperios, pero ningún otro pueblo europeo se lanzó a una lucha por la justicia como la que se desarrolló entre los españoles». Y Bermúdez de Castro: «La transferencia cultural de España a América fue total. Los ulteriores procesos de colonización, ingleses, franceses, holan-

deses, fueron abiertamente otra cosa, pues en algunos casos se hicieron mediante el desplazamiento, cuando no con la supresión física de las poblaciones autóctonas; y en otros a base de una yuxtaposición de culturas». No es nuestro propósito acumular juicios en un sentido, que por otra parte podrían encontrarse en otras direcciones. Tampoco queremos prestar color a una visión en rosa de la empresa española ultramarina teñida, por el paso de los siglos, con el polvo y con el barro, la pasión y la desmesura de tantos caminos, incontables, hollados o transitados. Tratamos sólo, como antes decíamos, de equilibrar una balanza valorativa que juzgamos descompensada; y ello a sabiendas de que las generalizaciones dejan fuera elementos de peso en las realidades complejas.

Dedica un capítulo al atraso científico de la región, «consecuencia de la educación impartida en la Colonia y de la cosmovisión que de ella se deriva». Alude a las primeras instituciones educativas de los españoles, dirigidas no a los blancos sino a los indios, pero advierte que «no había en ello altruismo sino una clara intención de control social, unida al celo misionero» y presenta el esfuerzo de los españoles para educar a los indios, desde pequeños «*en un proceso que hoy calificaríamos de lavado de cerebro*». Un apunte solo sobre este denominado «lavado de cerebro». El profesor Mario Hernández Sánchez-Barba, entre su ingente obra americanista, refiere que «en las escuelas de primeras letras de indios se comenzó a enseñar el uso del alfabeto latino lo cual tendría una trascendencia de primera importancia en la génesis de la literatura hispanoamericana» y cita, entre otros, el ejemplo de la escuela de niños indígenas, fundada en México por Pedro de Gante «que llegó a tener más de mil alumnos y de ella surgieron latinistas, músicos, pintores, etc.».

Como es su método, el autor hace una larga enumeración y exposición de la evolución de la ciencia y la técnica por la historia. Comienza en las realizaciones avanzadas de los incas en Machupichu, hasta la Enciclopedia francesa a finales del siglo XVIII, pasando «por la profunda reforma educativa de la Alemania protestante», por Descartes, Bacon, Copérnico, Galileo, la Royal Society de Londres, John Locke teórico del Estado liberal y la revolución industrial inglesa. España quedaba rezagada y de ello deduce una valoración global, en negro, de la obra colonizadora en América. «Es verdad que se preparaban tres siglos de paz hispana pero tal vez el precio era el adocenamiento de la sociedad y su deserción de las tareas creativas en los campos científicos y técnicos. Y nadie parecía advertir el horror que eso entrañaba o el coste económico y social que supondría en el futuro». España se había quedado rezagada, según el autor de «Raíces», ya desde el temprano siglo XIII, «en que queda fuera de la fabricación del reloj mecá-

nico, artefacto sustancial» y lo mismo sucede en el siglo XVI, como lo atestigua el «poco uso que los españoles hacían de las gafas o espejuelos, alivio de intelectuales a la llegada de la imprenta». Montaner, perspicazmente, observa que «en el retrato que Velázquez hace al escritor Quevedo éste aparece con lentes», pero aclara, «es una imagen excepcional». Concluye: «España y América Latina habían perdido la oportunidad histórica de la modernidad. Renunciar a esa prioridad y haber dejado “que inventaran ellos” era una forma segura de garantizar para siempre nuestro atraso relativo. Es lo que nos ha pasado hasta hoy». Una vez más la justificación del hoy negativo de Hispanoamérica en el ayer de España.

En los dos últimos capítulos, seguramente los más logrados, dirige su atención al periodo postindependentista y al escenario actual. Pasa revista a las dos grandes revoluciones. La americana y la francesa. Entre esas dos influencias, sobre todo la primera y la herencia hispana se abrirá paso la independencia. Los latinoamericanos de la primera mitad del siglo XIX, sin proyectos políticos claros, se debatieron en una situación de cuasi caos entre el federalismo, de corte estadounidense y el centralismo de raíz europea. Política e ideológicamente la fisura se dio entre conservadores y liberales. La corriente liberal inspiró los textos constitucionales, que consagraron, en la letra, las libertades y el Estado de derecho, pero derivaron pronto hacia formas dictatoriales: Porfirio Díaz en México, Antonio Guzmán Blanco en Venezuela, Rafael Núñez en Colombia. Las independencias no consiguieron instalar, pese a sus proclamas, repúblicas estables.

En este examen echamos de menos dos elementos. Primero, el influjo de la Constitución de Cádiz de 1812, y la práctica y tradición liberal en el siglo XIX de gobiernos representativos, elegidos por votación, que marcarán el itinerario de la quebrada, futura ruta política iberoamericana. El jurista peruano Ugarte del Pino llama a la constitución de Cádiz, «la Constitución de América», discutida artículo por artículo, con la participación de 49 diputados americanos; proclamó la igualdad de derechos, las libertades de pensamiento y expresión y la soberanía del pueblo: «Pretender un conocimiento a fondo de la política y del constitucionalismo americano prescindiendo de la Constitución de Cádiz, es como intentar comprender una obra de teatro ingresando al final del segundo acto». El investigador colombiano Eduardo Posada Carbó, sobre su patria, tan golpeada por la violencia, recuerda: «Qué pocos países en el mundo han contado con un calendario electoral tan intenso como el de Colombia y el juego electoral ha sido siempre más rentable que el de las armas». El segundo factor se refiere a la influencia del positivismo francés, en la versión «bonapartista» o «cesarista» estudiada por Claude Nicolet. De Francia pasó a América Latina. El «caudillismo» vino a ser la forma

latinoamericana del «cesarismo» europeo, y aquellas naciones, urgidas con toda clase de problemas, acogieron el proyecto positivista que les ofrecía al mismo tiempo orden y autoridad; progreso y modernidad. Este ideario prestó, además, cobertura teórica a los regímenes dictatoriales que se sucedieron entre los siglos XIX y XX. Para Laureano Vallenilla Lanz, el propio libertador Simón Bolívar —con la visión integradora de unos países disciplinados por la fuerte autoridad de un presidente, de un César o de un caudillo— habría sido un positivista, «avant la lettre», antes de que Augusto Comte publicara su *Política positiva*.

La realidad es que a principios del XIX la renta per cápita de los Estados Unidos doblaba la de los latinoamericanos, y a fines de siglo la multiplicaba por siete; Estados Unidos había escalado la primera posición del planeta, «¿Porqué ese abismo de diferencia?». Montaner da dos claves. Una. «*Aparece la gran coartada. Los latinoamericanos: son pobres porque los intereses foráneos los explotan*. Ese sencillo razonamiento, adornado con otras tantas teorías laterales —la dependencia, el estructuralismo, el juicio moral de la teología de la liberación, etc.— estará vigente durante ochenta años, precisamente hasta la llamada Década Perdida 1980-1990, en que se vio que era esencialmente disparatado». El antiimperialismo, concretamente el antiyanquismo, estudiado con detenimiento en «Raíces» fue un resorte añadido para impulsar la violencia y la cobertura anticomunista dio, una vez más, cobijo a los dictadores de turno.

Otra clave, paralela a lo anterior, fue el reforzamiento, a partir de la revolución mexicana de 1910, del papel del Estado hasta convertirse en el gran motor de la economía. Había nacido el «Estado empresario» capaz de industrializar los países a marchas forzadas, de sustituir las importaciones y convertirse él mismo en el gran exportador. Bajo su signo gobernaron el mexicano Lázaro Cárdenas, el argentino Juan Domingo Perón, el chileno Eduardo Frei, el brasileño Getulio Vargas, el peruano Velasco Alvarado, hasta el cubano Fidel Castro. Demócratas o dictadores, todos coincidían en un punto clave: la solución residía en Estados fuertes que guiarían a las sociedades hasta un destino de desarrollo y felicidad. Su aplicación condujo a un desastroso balance y se hizo añicos al finalizar el siglo XX. Los latinoamericanos eran mucho más pobres de lo que fueron sus abuelos en comparación con sus vecinos del Norte y su renta per cápita era diez veces menor; la separación en los campos técnicos, científicos y cibernéticos iba configurando dos mundos abismalmente distintos.

La reacción contra ese estado de cosas —en los años noventa— inicia una etapa nueva, la que vivimos, que supone la recuperación por la sociedad del pro-

tagonismo secuestrado por el Estado; de ahí la corriente privatizadora de los activos en poder del Estado, la voluntad de superar las prácticas inflacionistas, el abandono en la utilización del gasto público para estimular el crecimiento a costa de grandes déficits, el asentimiento a la globalización económica como un hecho positivo. En este cambio radical de orientación, «una reforma del Estado casi planetario» ha influido decisivamente el fin de la guerra fría, pero sobre todo la constatación del evidente fracaso de las fórmulas de desarrollo ensayadas a lo largo del siglo XX; la constatación del descalabro sufrido. No ha sido el resultado de un proceso reflexivo, ni lo ha estimulado la opinión popular, sino la fuerza misma de los hechos, la que se ha impuesto. Ello explica el que no haya sido recibido con entusiasmo por las grandes masas y que cada cierto tiempo las propias sociedades arremetan contra sus instituciones democráticas y aplaudan a quienes intentan derrocarlas. El autor indica que es posible que América Latina alcance los niveles de los países más desarrollados, pero a condición de aplicar los principios que rigen en ellos. Tal condición, en su opinión, se está cumpliendo: «Los latinoamericanos por primera vez, en casi dos siglos, comparten mayoritariamente el valor del sistema democrático»; comprueban que los empresarios crean riquezas más eficazmente que los funcionarios; han tomado conciencia de «la soberanía del consumidor» y de la necesidad del libre mercado; y buscan el apoyo en las instituciones y no en la acción de los gobernantes iluminados e «insustituibles».

Los últimos epígrafes de la obra enumeran las ventajas que está generando la práctica de las nuevas fórmulas liberales. Entre ellas la supresión de la inflación, el control del gasto público, el ajuste fiscal, la mejor administración de los ahorros en los fondos privados de pensiones —da el ejemplo de Chile—, la extensión del accionariado popular. Hace un canto encendido y a las veces excesivo del papel crucial de la bolsa: «Si hay sobre la tierra una institución verdaderamente revolucionaria es el electrizante mercado bursátil, con sus gritos nerviosos donde comparecen día a día miles de productores, con su imaginación, sus innovaciones y sus resultados para proponernos que los acompañemos en sus ilusonadas aventuras económicas». Ante tal entusiasmo echamos en falta la advertencia de un poco de prudencia a los honestos y pequeños ahorradores para evitarles que encuentren el fruto de sus trabajos diezmado por las operaciones especulativas bursátiles o por las manipulaciones desde el exterior.

Hace especial hincapié en la importancia del capital humano, el factor cultural, en el éxito económico y presenta el ejemplo de los indios cachiqueles guatemaltecos, convertidos a la religión evangélica: «Los cachiqueles evangélicos —escribe— no beben; esto les hace ser más responsables en el trabajo. Los

cachiqueles evangélicos no suelen cometer adulterio, de donde se derivan familias más estables. Los cachiqueles evangélicos no roban. Los cachiqueles evangélicos...», así sucesivamente. Tales afirmaciones y otras semejantes, con independencia de la cuota de error o de verdad que contengan, son un reflejo fiel del pensamiento y del discurso del autor que prima y sobrevalora con carácter general los paradigmas anglosajones y protestantes sobre los hispanos y católicos, y lo hace con especial énfasis en la redacción y adjetivación de los juicios para dejar marcadas las diferencias y mostrar sus preferencias. Así sobre la esclavitud: «Inglaterra, en 1807, fue la primera potencia europea que renunció a la trata de esclavos... en cambio España y Portugal hicieron todo lo posible por continuar en este infame comercio» y califica seguidamente de «cínicos» a quienes atribuyen a Inglaterra intereses materiales en aquella decisión, pues su principal motivación fue de índole moral.

Aconseja finalmente que Latinoamérica se inserte «sin temor» en la oportunidad de la globalización, para «en el curso de una generación —como han hecho Taiwan, Singapur, Corea y Hong Kong— pase del cuarto mundo al primero», y admita «sin sonrojo» el liderazgo de los grandes núcleos de civilización donde hoy radican. En el tercer milenio, deberá guiarse por las ideas cardinales de los países avanzados; básicamente la libertad económica y política y el asentimiento a un tipo de organización en que las relaciones de poder y de iniciativa radiquen en la sociedad civil.

Resulta estimulante la exposición de «Raíces» sobre la situación presente y sobre las fórmulas liberales, conocidas como «neoliberales» que se están llevando a cabo y se hayan, casi todas, contenidas en el llamado Consenso de Washington, aplicado prácticamente en todos los países. Para completarlas y no caer en la hagiografía sería conveniente contrastarlas con la tozuda realidad de unos hechos que por su magnitud y por producir resultados contrarios a los esperados pueden frustrar esta oportunidad. Si bien las nuevas reformas, antes señaladas, han mejorado las magnitudes macroeconómicas, su impacto no se ha reflejado en la mejoría, antes al contrario han agudizado los problemas sociales que atezan la región. La brecha de las desigualdades sociales se está ensanchando; los índices de pobreza y desempleo han aumentado y las clases medias «armazón hasta hace poco de las sociedades» pierden pulso y presencia. La volatilidad y especulación de los flujos financieros internacionales golpean, con reiteración, las economías nacionales y las privatizaciones han dado paso a gigantescas operaciones de corrupción. Iberoamérica está ahora expulsando de su seno a millones de hijos hacia la emigración, «en el mayor drama humano desde la indepen-

dencia». No puede extrañar, con este caldo de cultivo, la reaparición en el escenario político de brotes, tendencias y movimientos que se creían superados. Cunde la desilusión en la eficacia de los gobiernos democráticos, el descrédito de las clases políticas y la resistencia pacífica o violenta a las normas económicas que les están aplicando. Ello explica el triunfo de Hugo Chávez en Venezuela, del metalúrgico Lula en Brasil, del coronel golpista Lucio Gutiérrez en Bolivia; el derrocamiento en ocho días de dos Presidentes en la Argentina, o la reversión de operaciones de privatización ya en curso por el violento rechazo popular, caso de Perú y Ecuador en las empresas energéticas, y de Paraguay en las telecomunicaciones. El uruguayo Julio María Sanguinetti llama a lo que allí está ocurriendo «La extravagante normalidad democrática»; el escritor mexicano Carlos Fuentes da la voz de alarma: «en el caso de que las instituciones democráticas no produzcan pronto resultados para la mejora de la mayoría puede producirse un retroceso a las más arbitrarias formas autoritarias». Y el profesor Juan Velarde, ante un horizonte de cifras y datos inquietantes se pregunta «si Iberoamérica no se estará instalando en una nueva década perdida». La consideración de este cúmulo de factores y la revisión, a la luz de los hechos, de las actuales políticas es urgente. Es luz cegadora que los países iberoamericanos están atravesando, en circunstancias adversas, una coyuntura excepcional de cuyo desempeño depende el porvenir de varias generaciones. Tienen ante sí la tarea inexcusable de superarla, de hacer bien sus deberes, los de hoy, los que les exige el mundo moderno; sin avergonzarse de sus orígenes; nutriéndose en el hontanar, rico en valores, de sus recias raíces. Sólo así estarán en condiciones favorables de alcanzar las cotas de bienestar material y el puesto que les corresponden y de aportar, además, el hondo sentido de justicia, de libertad y de dignidad humana, inherentes al ser hispano, tan necesarios a los engranajes puramente economicistas y materiales de los poderes y sociedades que se disputan el espacio globalizado de hoy.